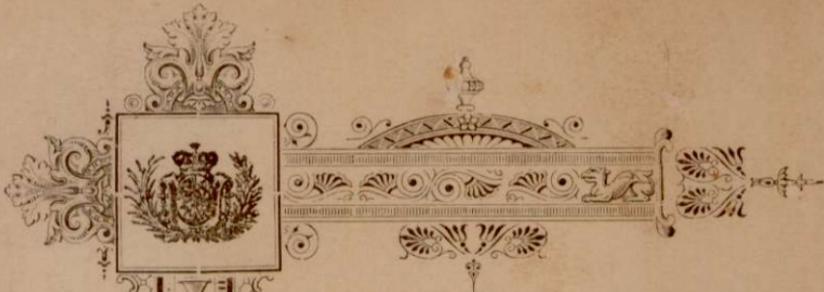


AL/F. 33-11



LAS INUNDACIONES EN ESPAÑA

CONCIERTO DE CARIDAD

EN EL

Teatro de la Ópera

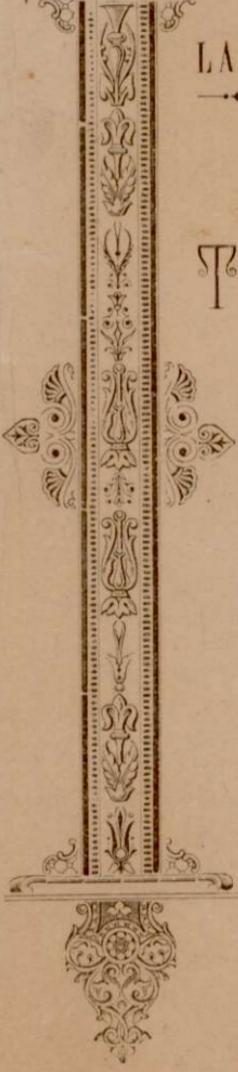
DISCURSO DEL DOCTOR

ANTONIO ATIENZA

Fondos Recaudados



Buenos Aires





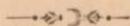
AL/F. 33-11

LAS INUNDACIONES EN ESPAÑA

CONCIERTO DE CARIDAD

EN EL

TEATRO DE LA ÓPERA



DISCURSO DEL DOCTOR

Antonio Atienza

FONDOS RECAUDADOS



BUENOS AIRES

Imprenta COMERCIAL, Corrientes 1585

1891

EL CONCIERTO EN LA ÓPERA

Por designacion de las Comisiones Directivas de las Sociedades Españolas existentes en Buenos Aires, convocadas al efecto por la del Club Español, constituyóse en esta capital una Comision de Auxilios, encargada de promover la recoleccion de fondos con destino al socorro de las víctimas de las inundaciones que se produjeron en varias provincias españolas en el mes de Setiembre último.

La mencionada Comision de Auxilios quedó constituida en la siguiente forma:

Presidente—Exmo. Sr. D. Juan Durán y Cuerbo, Ministro de España.

Vice Presidente—D. Juan Benito Goñi.

Tesorero—D. Martin Leguineche.

Secretario—D. Godofredo Coca.

Vocales—Dr. Justo Carlé—D. Alejandro Caride—D. Simon Cucullu—D. Manuel G. Llamazares—D. Amadeo Villaabrille—D. Fernando Lopez Benedito—Dr. Antonio Atienza—D. Urbano Rivero—D. Benito Roig Mallol—D. Casimiro Polledo—D. Felix Ortiz San Pelayo—D. José Maria Buyo—Dr. José Maria Carreras—D. Antonio Larraechea—D. Francisco Chiquirrin—D. Joaquin Jofre—D. Manuel Guerrero—D. Fernando Marti—D. José M^a. Orué—D. Manuel Chillado y D. Eladio Mascias.

La Comision abrió desde luego una suscripcion que sus miembros iniciaron; dió un manifiesto excitando los sentimientos de todos los españoles residentes en la República Argentina para que contribuyeran á aliviar las desgracias causadas por la catástrofe, y acordó organizar festivales con el mismo patriótico objeto.

El Maestro D. Félix de Ortiz y San Pelayo propuso la celebracion de un gran concierto vocal é instrumental en el Teatro de la Ópera, y una vez aceptada la idea por la Comision de Auxilios, el maestro Ortiz procedió á organizar la fiesta de acuerdo con la Sociedad Coral «Orfeon Español» y presentó el siguiente programa, que fué ejecutado en todas sus partes en dicho Coliseo el dia 22 de Noviembre:

Señores que generosamente prestaron
su concurso:

Señora Adela Bianchi Montaldo
Señorita Maria Sara Iñiguez, (edad 11 años)
Señor Emeterio Lizarralde
Señor Salvador Leonori
Directores, D. Felix Ortiz de San Pelayo
y D. Ricardo Furlotti
Sociedad Coral «Orfeon Español» dirigida por su maestro
D. Eduardo Rico.

Orquesta de 60 profesores

PROGRAMA

PRIMERA PARTE

1. Sinfonia de Guillermo Tell. «Rossini»—Por la orquesta, dirigida por el maestro Ortiz.
2. Discurso por el Dr. D. Antonio Atienza.
3. Aria de las Joyas del Fausto, «Gounod»—Cantado por la niña Maria Sara Iñiguez.
4. Fantasia sobre motivos de Haydn, «Leonard»—Ejecutada por el señor Lizarralde.
5. Romanza de Don Carlos, «Verdi»—Cantada por la Sra. Adela Bianchi Montaldo.
6. Rapsodia Española, «Chabrier»—Por la orquesta, dirigida por el maestro Furlotti.
7. Barcarola, «O. Turco»—Cantada por el Sr. Leonori.
8. Coro á voces solas «Las doce», «Pillet»—Cantado por la Sociedad Orfeon Español,

SEGUNDA PARTE

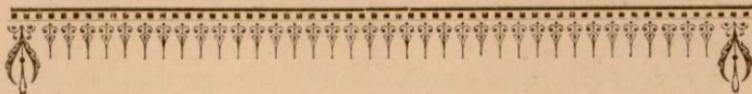
9. Overtura del melodrama «Entre Angeles», «Ortiz San Pelayo»—Dirigida por el maestro Furlotti.
 10. Il pensiero. «Marzochi»—Cantado por la niña Maria Sara Iñiguez.
 11. Souvenir de Moscou, «Wieniawski»—Por el Sr. Lizaralde.
 12. Scena é Cavatina de la Norma, «Bellini»—Por la Sra. Adela Bianchi Montaldo.
 13. Tarantella y cancion napolitana, «Listz»—Dirigida por el maestro Orttz.
 14. Lina, Romanza, «Sanfiorenzo»—Cantada por el señor Leoncri.
 15. Jota «Las galas del Cinca» «Clavé»—Coro con acompañamiento de orquesta por el Orfeon Español.
-

Al concierto asistió numerosa y brillante concurrencia en su mayoría de españoles, notándose tambien la presencia de conocidas familias argentinas.

La Comision de Auxilios, reconocida á la valiosa cooperacion de los artistas que tomaron parte en el concierto, dirigió á cada uno de ellos una tarjeta caligráfica conmemorativa de la fiesta, ofreciéndoles el testimonio de su gratitud.

La Comision acordó tambien imprimir por cuenta de sus miembros é insertar en este folleto el discurso que á nombre de la misma pronunció el Dr. Atienza en el acto de la apertura de la velada, con objeto de darlo á conocer en España, y entre los compatriotas residentes en la República Argentina, como medio de propaganda para coadyuvar al éxito de la suscripcion abierta á beneficio de las víctimas.

Al final de estas páginas se inserta el resultado que ha dado hasta la fecha la suscripcion abierta en la República Argentina, con inclusion de los productos obtenidos de los espectáculos organizados con tan benéfico objeto, y con expresion de las remesas hechas hasta el dia.



Discurso

pronunciado por el Dr. Antonio Atienza y Medrano en la apertura del concierto celebrado en el Teatro de la Ópera el día 22 de Noviembre de 1891 á beneficio de las víctimas de las inundaciones en España.



SEÑORAS Y SEÑORES :

Desde el fondo del alma os agradezco el aplauso con que habeis saludado mi presencia en este sitio; aplauso que ha venido á torcer el rumbo de mi pensamiento y me obliga á dar á mis palabras giro distinto del que habia pensado imprimirles.

Yo acepto y recojo esos aplausos, mas no para mí, bien seguro de no merecerlos, sino para unirlos al tributo de vuestras ofrendas, y enviarlos á nuestros hermanos que gimen al otro lado del Océano, como expresion de ardientes votos por la ventura y prosperidad de nuestra pátria.

La Comision que se ha organizado en esta capital bajo la presidencia del Sr. Ministro de España con objeto de alle-
gar recursos para socorrer á las víctimas de las recientes
inundaciones, me ha dispensado el honor de designarme
para llevar su voz en este acto, confiriéndome el encargo de
rendir el homenaje de su gratitud á la distinguida concu-
rrencia, que ha acudido solicita á su llamamiento, y á los emi-
nentes artistas que han venido á prestarnos en una ú otra
forma generoso concurso con las prendas de su talento ó
de su genio.

No he de extrañar que á muchos de vosotros haya sor-
prendido esta designacion, dada la modesta oscuridad de
mi nombre y la conveniencia de que persona mas caracte-
rizada hubiese contribuido con las dotes de su elocuencia á
realzar los atractivos de esta velada.

Una circunstancia bien triste para mí en esta ocasion, la de
haber nacido en una de las provincias mas castigadas por el
rigor de las tempestades, en la provincia de Almería, ha dis-
puesto las cosas de otra manera y decidido la eleccion; y si-
quiera el lugar del nacimiento sea muchas veces un accidente
casual de escaso influjo en nuestra vida, no sucede así cuando
al suelo natal estamos ligados por estrechos vínculos, cuando la
niñez y parte de la juventud sedeslizaron en los parajes donde
vimos la luz primera, y cuando al nombre del pedazo de
suelo en que nacimos se enlaza toda una amorosa cadena
de gratos y dulcissimos recuerdos.

Aquí teneis explicado el motivo de mi directa participa-
cion en esta velada. Desde el momento que la Comision
invocó ese motivo para obligarme, no solo me abstuve de
resistir la invitacion, sino que la acepté con agradecimiento y
con cariño. Pero ¿cómo corresponder á la honra que se me
dispensaba? Esta ha sido y es sobre todo en este instante
la razon de mis tribulaciones.

Bien quisiera ser esta noche maestro y artista de la palabra, tenerla á mis piés como sumisa cortesana, pronta á satisfacer todas las exigencias de mi pensamiento, dócil á todos los antojos de mi albedrío.

Yo le demandaría entonces tonos fatidicos y sombríos para presentar ante vuestros ojos el cuadro de desolacion de los campos arrasados por el furor de la tormenta; tiernos gemidos que remedáran los ayes de los pobres niños que vagan alrededor de los escombros llamando á sus madres sin obtener respuesta; acentos de compasion para mover á piedad los corazones; frases de reconvenccion amarga para flagelar á los que regatean al infortunio la mezquina limosna que les implora con la mano extendida, con el rostro enrojecido por la vergüenza, con los ojos humildes inclinados al suelo, como si la desgracia los agoviase con su inmensa pesadumbre. Yo demandaría entonces tambien á mí palabra exclamaciones de entusiasmo para celebrar los rasgos de heroismo que registran las crónicas del desastre, y proclamar que todavia golpea en los pechos españoles la sangre legendaria de los Guzmanes y de los Cides, y que aun alienta aquella raza de titanes que despues de dominar el mundo, tuvo que ensancharlo, descubriendo uno nuevo, para que cupiera en los ámbitos de la creación la grandeza y la magestad de su gloria.

Pero ya que me falten los altos vuelos de pensamiento y de expresion que cimentan la fama de los grandes oradores no me pidais tampoco refinamientos de estilo, atildamientos de frase, ni siquiera aquella sencilla correccion que tanto me cautiva. Permitidme que en esta ocasion rompa por todos los convencionalismos usuales, y que deje al corazon subir hasta los lábios y desbordarse en oleadas de piedad infinita, relevándome del árido trabajo de poner orden en mis ideas y en mis palabras.

¡Cuán hermosa fiesta la que hoy celebramos! Cada uno de los artistas que cooperan á su éxito le imprime un sello inte-

resante y conmovedor. Dirigen la orquesta, compuesta de notables profesores, los Sres. Furloti y Ortiz de San Pelayo, insignes maestros que perteneciendo á distintas nacionalidades, vienen asidos de las manos á decirnos con la elocuencia de los hechos que la caridad no conoce fronteras; la señora Bianchi Montaldo nos aporta, con los dulces acentos de su voz, el tesoro de los lauros artísticos que recogió á manos llenas en todas las grandes capitales del mundo; el barítono Señor Leonori con su afinacion y gusto exquisito nos trae el saludo de Italia, cuna del arte, y los efluvios de la inspiracion genial de su pátria; Lizarralde, el brillante concertista, á quien le quito todo tratamiento de señoría en gracia de nuestra amistad, nos trasmite al conjuro del arco rozando en las cuerdas temblorosas el recuerdo de aquellas provincias vascas, en cuyos habitantes sanos y robustos de alma y de cuerpo, no es la música un arte, sino cosa tan natural como el murmurio de las fuentes ó como el grato susurro del viento entre las hojas; la niña Shara Iñiguez no nos trae nada de la tierra, nos trae con su canto no aprendido, que es la voz de un ángel, las bendiciones del cielo sobre nuestra obra; y el Orfeon Español, esa masa coral de inspiracion y tendencias populares que está señalando la manera de llenar un vacío terrible en nuestra educacion, el cultivo de los afectos y la elevacion de los sentimientos colectivos, desempeña en esta solemnidad el papel que representaba el coro en la tragedia antigua: sostener las fuerzas del héroe, que es en este caso el pueblo español, alentarle en sus desgracias y pregonar la grandeza de sus hechos.

¿Y dónde está esta noche el puesto de honor? ¿Quién preside esta fiesta? Presídela un númen misterioso que no vemos en parte alguna y que sin embargo está en todas partes: en las columnas de los periódicos, despertando los sentimientos humanitarios de los lectores; en las comisio-

nes de socorros ejerciendo de postulante; ahora mismo en la puerta del teatro, llamando á los que pasan y mostrándoles abiertas las puertas del templo donde vá á celebrar sus ritos; en los palcos, en la platea, en el escenario, en el aire cargado de perfumes. en el brillo de las luces que nos alumbran. Deidad que no vemos con los ojos del cuerpo, pero de cuya existencia solo podrian dudar los imbéciles ó los malvados.

Si trato de representarla en una imágen que la haga palpable á vuestros sentidos, surge inmediatamente en mi fantasía aquella dulce figura de Ofelia, cándida, pura, sonriente, que pasa cantando y derramando flocres, segun la frase del poeta, á través de sangriento drama que concibió la tenebrosa inspiracion de Shakspeare; y afable y cariñosa como ella, la encontramos en todas partes como una aureola celestial que envuelve cuanto es hijo del amor y de la abnegacion en la vida.

Ella está en las salas de los hospitales, curando y consolando á los enfermos; ella funda refugios para albergar á la infancia desvalida; ella aparece á la orilla del mar en la hora del naufragio para salvar á los vivos que luchan con las olas y para dar con mano piadosa sepultura á los muertos; ella inspiró á Murillo aquel hermoso cuadro de Santa Isabel curando á los leprosos, donde la grandeza de la abnegacion vence la repugnancia que despierta la vista de las llagas abiertas; y en el campo de batalla, cuando todavia oscurece los aires el humo de la pólvora, cuando todavía palpitan los sangrientos despojos de los que cayeron en el combate, ella restaña la sangre, cierra las heridas y recoge la última palabra del moribundo para llevarla a la madre infeliz que agoniza de pena y de dolor en el escondido retiro de la aldea.

Ofendería vuestra penetracion si dijera que de la caridad estoy hablando y que es ella quien nos preside; pero no he de emplear igual pretencion respecto de aquellos que sostie-

nen que el día que impere la justicia en la tierra serán inútiles los oficios de la caridad, porque á cada cual daremos entonces de derecho lo que ahora les otorgamos por favor y como por gracia.

¡Cuán equivocada creencia! A mí personalmente me producen sus autores el mismo efecto que aquellos otros para quienes es un axioma que la poesía está llamada á desaparecer de una manera indefectible. La poesía existe y existirá perpétuamente en la realidad y en el arte; en el espectáculo imponente del mar embravecido y en los robustos cantos de Herrera ó de Quintana; en la cándida cabeza de una criatura, coronada de ensortijados rizos y en los inmortales cuadros de Rafael; en los matices de las flores silvestres y en las descripciones grandilocuentes de Zorrilla, el poeta mas español de todos los poetas españoles; en los campos vestidos de verdura y en las sencillas odas de Anacreonte; en la preparacion microscópica donde descubre el sábio mundos ignorados, y en las estrofas esculturales del poeta argentino Guido Spano, cuya ancha frente cubierta por la nieve de los años está pidiendo la corona de mirtos con que ván á ceñirla sus compatriotas, para que pueda ser testigo de su propia apoteosis; en el espectáculo de la Locomotora que salva los valles, horada las montañas y vá seguida del gallardo penacho de nubes cantando con su voz de trueno las grandezas de la civilizacion, como en el ritmo sosegado de los aires andaluces, que parecen el dejo melancólico del triste adios de Boabdil á los vergeles granadinos.

Bien ha dicho el poeta. Mientras haya ecos y resonancias misteriosas que penetren dulcemente en el fondo del alma; mientras haya aromas y colores, luces y sombras, contrastes y armonías que embarguen los sentidos; mientras haya mujeres hermosas, habrá poesía.

De igual manera, mientras haya un dolor que mitigar, una desventura que compadecer, un desastre que reparar; mientras

exista ese sentimiento de solidaridad que trasmite de unos en otros las alegrías y las tristezas, como si la simpatía que pone en comunicacion las almas procediera de la misma fuente que engendra los acordes musicales, la noble figura de la caridad seguirá flotando sobre las miserias de la vida, pronta á recoger un suspiro, á aliviar una pena, á enjugar una lágrima..

Si cualquier hecho social por insignificante que sea encierra una leccion, los sucesos que salen del marco de la vulgaridad y tocan en los límites del heroísmo contienen enseñanzas que no se borran jamás del corazon ni de la memoria.

A ese linaje de sucesos extraordinarios vuelvo ahora los ojos, acudo al fondo de mis recuerdos, reconstruyo la escena que millares de personas presenciaron no há muchos años en una de las calles de New-York y con la descripcion de un caso real contesto, ó por mejor decir, contestareis vosotros á los que sueñan que llegará un día en que la caridad desaparezca de entre nosotros, desterrada por la justicia. (1)

Voraz incendio ha hecho presa de grandioso y altísimo edificio en medio de la noche; los moradores aterrados por los gritos de alarma abandonan despavoridos sus viviendas; las cuadrillas de salvamento lanzan las escalas á los pisos altos y las bombas empiezan á funcionar con actividad prodigiosa; pero el terrible elemento ha crecido de una manera formidable; ha sido posible salvar las vidas, pero no hay medio de librar la construccion, que arde con furia, y las lenguas de fuego lamen ya la cornisa del edificio. Un valeroso bombero, que ha ido recorriendo las habitaciones en busca de víctimas que arrancar de brazos de la muerte, penetra en mísero aposento y encuentra unacriaturita abandonada que solloza, próxima á la

(1) El hecho á que se alude ha sido perpetuado por el antiguo departamento de "Bomberos Voluntarios" de Brooklyn con un monumento erigido en el célebre cementerio de Greenwood. Sobre una alta columna de mármol blanco se eleva la estatua de un bombero, que sostiene á un niño en el brazo derecho.

asfixia. En aquel momento se acerca á una ventana, se dá cuenta de la situacion, comprende que todavía puede salvarse aprovechando una sola de las escalas pendientes del muro, si rápidamente se descuelga por ella; pero á condicion de que perezca el niño abandonado. Entonces retrocede, se apodera de la infortunada criatura, la oprime amorosamente entre sus brazos, sube á lo alto del edificio, deja ver su silueta varonil dibujada en el fondo de la rojiza llama á los que desde abajo contemplan la fantástica escena, vuélvese de espaldas, se deja caer desde lo alto, y el golpe seco de un cuerpo que choca contra la dura piedra del pavimento arranca á la muchedumbre un rugido de horror. La multitud se arremolina y rodea al valeroso luchador que ha sabido morir al pié de la fortaleza. El niño se ha salvado. Sobre el rostro del heroico bombero la muerte ha dejado impresa la huella de una sonrisa infame que delata una satisfaccion suprema.

Decidme ahora vosotros: ¿qué tiene que hacer aquí la justicia? ¿En nombre de qué principio que no sea la exaltacion de la caridad puede concebirse que el hombre ofrezca su vida por salvar la de un semejante, no ya con la decision de un valiente, ni con la fria resignacion de un estoico, sinó con la sonrisa en los lábios y con la aureola del martirio en la frente?

Yo bien sé que hay temperamentos de sensibilidad esquisita, que rehuyen los espectáculos dolorosos á pretexto de un sentimentalismo falso, que suele ocultar los refinamientos del mas torpe egoismo; personas que se niegan á presenciar el cuadro á veces repugnante del infortunio, acaso para no perturbar las funciones de la digestion, tal vez para que no alteren visiones ingratas la plácida tranquilidad de su sueño, ¿quién sabe si tambien para no conmoverse y caer en la debilidad de socorrer al desvalido!

Por fortuna para la raza humana son estos muy raros ejemplares. Si para ellos hubiera de hablar, ya habría sellado mis lábios;

pero como hablo para vosotros, para los que os habeis apresurado á traer vuestra bendita ofrenda ante el ara de la deidad que aquí nos ha congregado, no quiero renunciar á trazar á grandes rasgos el cuadro que han ofrecido las comarcas españolas inundadas, principalmente las de Consuegra y Almería; no porque yo imagine que vuestros sentimientos humanitarios han menester estímulos, que harto demostráis que no los necesitan, pero sí porque deseo que al salir del teatro esta noche vayamos todos decididos á transmitir á los indiferentes la llama de la caridad que inflama nuestros pechos.

Cuánto me contraría molestaros todavía por algunos instantes, solamente lo pueden calcular los que saben el género de violencia que opone mi carácter á estas exhibiciones, y comprenden el temor que me asalta de deber únicamente á vuestra cortesía la atención que me dispensais.

El once de Setiembre amaneció, digo mal, aquel día no amaneció para la infortunada villa de Consuegra, porque todo aquel día fué una larga y terrible noche. Desde las primeras horas el cielo era una plancha ploriza que despedía ráfagas de fuego y arrojaba el agua á torrentes sobre los infelices moradores, casi todos labriegos, que despues de un invierno de ruda labor acababan de ver recompensados sus afanes con abundante cosecha de frutos, que aseguraba por un año el pan de cada día á sus honradas y modestas familias.

Desencadenóse la tormenta, crecieron los arroyos, desbordáronse los cauces, el río Amarguillo que tantas amarguras ha sembrado, como si á ello lo condenara la fatalidad de su nombre, vió crecer su caudal en proporciones aterradoras; las aguas invadieron la parte mas baja del pueblo, inundáronse los edificios allí situados, y la autoridad local, á quien tributa la prensa de España merecidos y fervientes elogios, procedió con el auxilio de la guardia civil á salvar á los que corrían peligro de fenecer arrastrados por la corriente impetuosa de las aguas.

Casi todos los que peligraban fueron puestos en salvo. La tempestad cedió en su furia, pareció conjurado el riesgo, la población recobró la tranquilidad y rendida de cansancio se entregó confiada á la acción benéfica y reparadora del sueño.

Pero la tormenta no había pasado; había retrocedido como fiera en acecho para lanzarse con redoblado furor sobre su presa; y cuando había mediado la noche, cuando los pácíficos habitantes dormían, acariciando en ensueños que forja la fantasía y colorea la esperanza cuadros de felicidad y de ventura, el seco estampido del trueno y la siniestra luz de los relámpagos los despertó aterrados y despavoridos.

Torrentes de agua invadieron las viviendas, temblaron los cimientos de los edificios que se derrumbaban acá y allá con horriblo estrépito; los alaridos desesperados de las víctimas mezclábanse á aquella escena de horror, familias enteras eran arrasadas por la corriente; los padres tomaban en sus brazos á los pequeñuelos; quién corría al huerto de su casa y trepaba por las ramas de los árboles con el dulce fardo de las prendas amadas; quién formando estrecho haz con ellas se dejaba levantar por las aguas y se encaramaba en las armaduras de la tienda que constituía toda su fortuna; quién rendido y exhausto de fuerzas dejaba caer al hijo de sus entrañas, que arrastraba el torbellino para no devolvérselo jamás.

En la vivienda de una familia acomodada habíanse reunido todos los amigos íntimos de la casa para celebrar la boda de una niña, fresca como las rosas, risueña y feliz como los primeros albores de la mañana. En el colmo de la dicha sobreviene terrible estrépito, vacilan los muros, el edificio se desploma, el tálamo se trueca en ataúd, el nuevo hogar en sepulcro y en triste mortaja las galas de la esposa, suelto á la espalda el blanco velo y coronada de azahares la frente inmaculada.

La palabra se anuda en la garganta y se rebela á seguir trazando ese cuadro de horrores.

A la mañana siguiente la naturaleza ha recobrado su olímpico reposo, y el sol que se levanta majestuoso sobre las cumbres ilumina aquella horrible escena. El pueblo es un monton de ruinas, el campo un erial, las calles intransitables pantanos. Mil quinientos cadáveres yacen insepultos. Cuatro mil animales muertos, hinchados y tomando formas monstruosas de una fauna fantástica empiezan á corromperse y á llenar los aires de miasmas infectos.

En lo alto de un monton de escombros se yergue la figura de una infeliz mujer, que parece la imágen de la muerte; tiene los vestidos desgarrados, los ojos hundidos, secos y vidriosos; no lanza un gemido, no derrama una lágrima; está petrificada por el dolor mudo que es el mas acerbo de los dolores. Es una madre que ha perdido al hijo de su alma, sepultado bajo aquellas ruinas, y en el paroxismo de su amor espera verle surgir de entre los escombros y volar á sus brazos.

El soldado y el fraile, oscuros, desconocidos, anónimos; siervos sumisos de la disciplina militar y de la regla monástica, que son dos estrechas religiones, remueven con la azada los despojos de la catástrofe para estraer los muertos y darles piadosa sepultura.

Y para que na la falte á esta escena de desolacion, turbas de merodeadores, semejantes á bandadas de buitres hambrientos escarban entre las ruinas, para cebarse en los cadáveres, arrancarles el dinero y las modestas alhajas, cometiendo nefandas mutilaciones, y agregar á las negruras de tan tremendo infortunio las escorias y la podredumbre moral de la profanacion y del saqueo.

Menos desgraciados mis queridos paisanos los almerienses que los habitantes de Consuegra, pudieron siquiera economizar las vidas, ya que no impedir la completa ruina de sus vegas y de sus campos.

Reclinada sobre la playa, como blanca paloma que descansa de sus afanes de amable mensajera, Almeria vé ceñida su

frente por las colosales ruinas de la Alcazaba, que un tiempo fué grandiosa fortaleza. Detrás de esos restos seculares, se levantan altas sierras y empinados riscos que defienden la ciudad de los vientos del Norte y mantienen la templanza bienhechora de su clima, oreado por las brisas del Mediterráneo.

Escarpadas laderas, escuetas y desnudas como los huesos de un esqueleto, vierten el agua de las nubes sobre la indefensa población, sin que haya un cauce que las aprisione ni una planta que las detenga. El día 11 de Setiembre aquellas laderas arrojaron el agua á torrentes, juntáronse arroyos y ramblas como una avalancha impetuosa, cayeron sobre la población, arrastraron al mar mercaderías, árboles, carruajes, cuanto encontraron á su paso, y hubo un momento en que pareció que el Mediterráneo se convertía en monstruo de fauces colosales que se disponía á devorar la ciudad entera.

En algunas viviendas las aguas llegaron á la altura de tres metros. Barrios enteros quedaron á los pocos instantes convertidos en ruinas, la tierra vegetal desapareció de los sembrados dejando en su lugar áridos pedregales, y un clamor intenso, desgarrador brotó de todos los labios. La ruina estaba consumada.

En pueblos como Albox muros de defensa que contaban tres siglos de existencia fueron deshechos y barridos por la corriente como arista que arrastra el huracán. El que ayer poseía una fortuna ha quedado en la miseria, el holgado labrador es hoy un pordiosero, y en todas partes el duelo y la aflicción han sumido en la más honda tristeza á los habitantes de mi querida y desventurada provincia. Allí también se han contado por centenares los rasgos de heroísmo, mereciendo señalarse entre todos el de las valerosas jóvenes Rosa y Carmen Lopez, que vistiendo traje de hombre como correspondía á sus arranques varoniles, treparon por las tapias de su casa á las azoteas de las contiguas, abrieron brecha, armadas

de piqueta, en la techumbre de las viviendas de donde salían desesperadas voces de auxilio y salvaron valerosamente muchas vidas con inminente riesgo de la propia.

Pero si grande ha sido la extension y el rigor de la catástrofe, más grande ha sido aún la explosion de la caridad, cuyos arranques generosos han repercutido de region en region y fundido en un solo sentimiento de piedad á todas las naciones de la tierra.

La sinceridad con que es hábito en mí decir sin reservas ni circunloquios lo que pienso me mueve á deplorar que haya sido un tanto tardía la iniciativa de los españoles residentes en la República Argentina en favor de nuestros compatriotas. Cuando yo leía los primeros telegramas que participaban la catástrofe y tenía noticia de que la colonia española de Londres había enviado ya sus socorros á los inundados, lamentábame interiormente de nuestra apatía. Por fortuna ha venido á compensar esta demora el ardor de los trabajos emprendidos y sobre todo la conducta desprendida y generosa del señor ministro de España, á quien me complazco en tributar este público elogio, que es un homenaje de justicia, aún á riesgo de ofender su modestia. El ha sido el primero en esta campaña y justo es que obtenga siquiera este galardón de público reconocimiento, aunque sea por órgano tan humilde y por palabra tan poco autorizada como la mía.

Otro grande ejemplo que debo presentar ante vuestros ojos es el de la prensa de España y principalmente los diarios de Madrid, cuyos redactores han ido en persona á los lugares castigados por el desastre á repartir con sus propias manos los socorros en dinero y en especie recolectados por medio de las suscripciones que ellos mismos iniciaron.

Y han ido á Consuegra y Almería sin arredrarles los peligros que abrian á su paso la falta de comunicaciones, las amenazas de epidemia, las pestilencias del aire corrompido. Y

despues que han aplacado el hambre de los necesitados, y abrigado sus carnes desnudas, y aliviado sus dolores, ha habido un periódico que ha prohiado huérfanos como el pobre Dolores Serrano, que tiene nombre de mujer y bien triste, como si en él se condensara la desgracia de haber quedado solo y desamparado en el mundo. Y ese mismo diario ha proyectado un barrio que tomando su nombre se llamará el barrio de «El Imparcial», ha levantado los planos, ha subastado la construccion y ha emprendido la ejecucion de las obras. Y la prensa asociada de Madrid ha llevado á cabo la edificacion de un barrio de obreros en Almeria, secundando la iniciativa de uno de los de anos del periodismo español, del discretísimo é inteligente redactor de «El Liberal» D. Julio de Vargas; y á estas horas, gracias á tan nobilísimas iniciativas, muchas familias que quedaron sin hogar tendrán ya techo protector que las cobije y altar donde colocar sus penates, poco ha dispersos y errantes á través de la desolada llanura.

Cuando observo la efervescencia caritativa que allí reina, siento como una secreta necesidad de remover y agitar íntimos impulsos que parecen aquí como dormidos.

Yo soy de los que creen que no bastan al cumplimiento del deber ni al logro de la felicidad los intereses materiales por cuantiosos que sean.

Yo soy de los que creen que no bastan á labrar la interior satisfaccion del alma ni siquiera las más grandes ideas con tener las ideas tanto del resplandor divino.

Yo soy de los que creen que son necesarias al hombre como el aire que llena sus pulmones ó como el calor que inflama su sangre el impulso poderoso de las grandes pasiones; no de esas pasiones que parecen el grito de los instintos y el desbordamiento de los apetitos groseros, sino la pasion por lo noble por lo grande, por lo generoso; la pasion del bien, la pasion de la caridad, la pasion por la patria.

¿Yace aletargado, ha desaparecido, hemos relegado quizá á los últimos rincones de la conciencia esa pasión, ese sentimiento de la patria? Seguro estoy que no; pero debemos confesar que á veces parece como entibiado por la distancia y por la ausencia. A despecho de merecer la crítica de los que no sepan aquilatar ciertas delicadezas del corazón, fuerza es que repitamos mentalmente cuando de la patria nos acordemos el sabido cantar de la musa del pueblo:

El amor que te tengo
Parece sombra,
Cuanto más apartado
Más cuerpo toma;
La ausencia es aire
Que apaga el fuego chico
Y enciende el grande;

y cuando lleguen momentos de angustia y de dolor para una parte de nuestros hermanos, sintámonos con ardor no solo para correr en su ayuda, sino también con ánimos para mover á los reacios, estimular á los tibios y evocar los arranques generosos del alma en todos nuestros compatriotas.

¿Qué es la patria, señores? En vano intentaría decirlo. Los hombres podemos entender y expresar fácilmente lo que es el pueblo, el Estado, la Nación, porque estos son conceptos intelectuales que es posible analizar, discernir, explicar y encerrar en definiciones más ó menos exactas.

Nos preguntareis qué es el pueblo y os diremos que es la comunidad de todas las clases sociales movidas por aspiraciones comunes.

Nos preguntareis qué es el Estado, y os responderemos que es la sociedad constituida en organismo jurídico para realizar el derecho y establecer la correlación armónica entre todos los fines de la vida.

Nos preguntareis qué es la Nación, y contestaremos que es la personalidad más alta con fisonomía propia, producida á

traves de los siglos por la labor paciente de la historia y consolidada en los comienzos de la Edad Moderna.

Pero nos preguntareis que es la Patria, y el lábio balbuceará palabras ininteligibles, y amontonaremos definiciones y comentarios. y el santo nombre de la Patria permanecerá mudo como una esfinge, como la fórmula de un sortilegio indescifrable.

Vosotras mismas, señoras que ejercitais esta noche la caridad no solo para los inundados sino tambien para conmigo, escuchándome con indulgencia; vosotras mismas, que sois la condensacion de todo lo bello que la creacion encierra, y que por serlo estais dotadas de singular penetracion para saborear esas delicadas filigranas del sentimiento, que para nuestra rudeza de hombres pasan inadvertidas, tratad de definir lo que es la patria y vereis la legion de dificultades que salen al paso de vuestro intento.

Direis que es la Patria el pedazo de suelo bendito donde se meció vuestra cuna, al arrullo de las notas dulcísimas de la amorosa madre, angel custodio que guardaba vuestro sueño y besaba vuestra frente;

Direis que es la Patria aquella santa tierra que sirvió de crisol á numerosas razas para fundir en el molde celtíbero las mil cualidades de los pueblos que la visitaron y engendrar el tipo español, cifra y resúmen de todas las civilizaciones antiguas.

Direis que es la Patria aquella escarpada peña de Covadonga desde la cual desafiara Pelayo á los hijos del Coran y sobre la cual quedó cimentada al andar de los tiempos como sobre base de granito la nacionalidad hispana;

Direis que son la Patria los jardines de Valencia, los prados de Galicia, los cigarrales de Toledo, los llanos de Castilla, los talleres y las fábricas de Cataluña, las tierras fuertes de Extremadura, las orillas del Guadalquivir embalsamadas por los azahares, y los cármenes de Granada, habitados por hadas y encantados con las músicas de los ruiseñores;

Direis que es la patria esta hermosa lengua, que nos dió una epopeya popular con el Romancero del Cid, rival de los Niebelungen germánicos, un teatro maravilloso que el alemán Schlegel colocó por encima del de Chiller y del de Shakspeare; teatro de prodigiosa fecundidad con Lope, de profundidad insondable con Calderon, de perfecta factura con Alarcon y Rojas, de discrecion inimitable con Moreto, chispeante y picaresco con Tirso de Molina;

Direis que es la Patria la obra inmortal del manco de Lepanto, en cuyas dos figuras inmortales como su autor han quedado esculpidas las cualidades cardinales del carácter español, que han sido los dos polos de su vida en todo el decurso de su historia; la idealidad disciplinada y aventurera del caballero andante y el sano sentido comun, práctico y certero del pueblo encarnado en la figura del taimado Sancho;

Direis que es la Patria la bandera roja y gualda, enarbolada en lo alto de los mástiles de nuestras naves, siempre vencedoras ó sumergidas en los senos del océano, pero jamás vencidas, y que al hollar las ondas amargas parece que se inclinan para escuchar el perpétuo himno que los mares entonan á la inmarcesible gloria de Gravina y de Churruca;

Direis que es la Patria la arrogante figura del Cid, cuya grandeza le ha hecho penetrar en los dominios de la leyenda por ser estrechos para contenerla los reducidos linderos de la historia;

Direis que es la Patria el pueblo del Dos de Mayo conteniendo con la muralla de sus pechos la irrupción de las legiones napoleónicas y eclipsando la estrella del Capitan del Siglo en Zaragoza, en Gerona, en Bailén, en Talavera, para que luego al cabo de media centuria sean los mismos franceses, nuestros enemigos de entonces y nuestros hermanos de ahora en su guerra contra Alemania, los que para enardecer á sus soldados invoquen el recuerdo de las hazañas y la bravura de los españoles de la independencia;

Direis que es la Patria la única que pudo adoptar por suya el génio de Colon, como la única digna de la grandeza de la obra, en que colaboró con el Hacedor Supremo, creando un nuevo mundo;

Direis que son la Patria aquellos dos pedazos de un mismo cuerpo, que se llaman España y Portugal, que mezquinos intereses dinásticos separaron y dividieron, y que han de volver á unirse al calor del amor de ambos pueblos, para formar una poderosa nacion en el extremo occidental de Europa;

Direis que es la patria la fosa que guarda los huesos de nuestros padres, y desde la cual nos llaman con voces insinuantes y persuasivas, como si les desvelara del eterno sueño el amor inextinguible que nos profesaron en vida y que nos guardan incólume más allá de la muerte;

Y cuando todas estas y otras mil expresiones que os ha de sugerir el manantial inagotable de vuestra ternura hayan brotado de vuestros lábios, todavía os rebelareis contra la tosquedad y pobreza de la palabra humana, porque vereis que no bastan á significar cuanto de inefable siente vuestro corazon todos los diccionarios de la tierra y todas las lenguas que han hablado los hombres.

Mantengamos viva la fuente de esas santas inspiraciones; no permitamos que la cieguen el egoismo ó la indiferencia, y cuando sobrevengan catástrofes como la que ahora deploramos, repitamos, pero no con los lábios, sinó con la voz más íntima de nuestra alma esta invocacion con que conclujo:

¡Amada Patria nuestra! Tuyo es cuanto somos; tuyo cuanto nos pertenece. Del hierro que hay en tus entrañas son los glóbulos rojos de la sangre que corre por nuestras venas; de las crestas de tus sierras y del fondo de tus mares son el fósforo y la cal que forman nuestros huesos; del sol que alumbra tu diáfano cielo son las energías acumuladas en las fibras de nuestros músculos; luz de tu ambiente es el fulgor que centellea en

la pupila de nuestras mujeres; herencia de tu pensamiento son las ideas que se albergan en las células de nuestros cerebros; legado tuyo son los ideales, las aspiraciones y los anhelos que agitan nuestras almas.

Hermanos nuestros son todos tus hijos, nutridos con la savia de tus robustos pechos, alimentados con los frutos de tu fecunda tierra; ellos han apagado la sed como nosotros en el agua cristalina de tus ríos, y han aprendido á ser honrados y valerosos en las santas tradiciones de tu vida.

Con ellos partiremos nuestro pan cuando sientan hambre, nuestro lecho cuando no tengan donde reclinar la frente; nuestro hogar cuando la tempestad se lo destruya.

Si todo te lo debemos Patria querida, ¿qué menos podemos ofrecerte en tus momentos de suprema angustia que una mínima parte de nuestra fortuna ó de nuestros ahorros, cuando apenas empezáramos á pagarte ofreciéndote el sacrificio de la vida! He dicho.

APÉNDICE

Importe de lo recaudado hasta la fecha en la República Argentina con destino al socorro de las víctimas de las inundaciones en España.

La suscripción iniciada por la Comisión de Auxilios en toda la República alcanza hasta ahora á la suma de veinte y seis mil cuatrocientos cincuenta y nueve pesos y treinta y cinco centavos, moneda nacional (§ 26,459-35).

En esta cantidad se encuentra comprendido lo recaudado hasta hoy del concierto celebrado en el Teatro de la Opera, el producto de una fiesta dramática organizada por el Centro «Union Obrera Española» y lo recolectado por otros varios conceptos, cuyo pormenor se publicará oportunamente.

La suscripción continua abierta, y contando con el patriotismo de los españoles residentes en la Argentina, y con el resultado de los diversos festivales, que el Club Español y otros centros y sociedades están organizando, es de esperar que todavía se elevará considerablemente la cifra recaudada.

Entre tanto, la Comisión ha creído de su deber enviar desde luego lo recolectado hasta hoy; y despues de la primera remesa hecha por el señor Ministro de España de lo suscrito en los primeros momentos en la Legación y el Consulado, representado por un giro de seiscientas pesetas (600 ptas.,) ha hecho la segunda en otros dos giros, uno sobre Madrid de pesetas 1.124-75 y otro sobre Paris de francos 29,000.

Buenos Aires, 30 de Noviembre de 1891.



